



TODAS LAS VERDADES SOBRE EL COLECCIONISTA

JESÚS VALENTÍN GARCÍA LÓPEZ

PABLO RUIZ PICASSO

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

Como es habitual, vuelve a casa rebosando cansancio físico y fatiga mental; solo espera ya del día terminar entre ellos. Abre la puerta y nadie atiende a su llegada. Eso puede ser de lo más normal y no le importa, únicamente desea verlos, contemplarlos, mimarlos, acariciarlos, así que se dirige a la habitación donde sabe que ellos se encuentran, esperándole. Ya se disponía a meter la mano en su bolsillo cuando, con la otra, gira el pomo y advierte que esa mañana olvidó cerrar con llave la habitación. Su cara se llena de espanto: ha dejado su tesoro máspreciado a merced de cualquier desaprensivo. Entra en la estancia preso de una creciente angustia y devora con la vista cada rincón. Nada parece fuera de lugar. Todo está en orden. Se tranquiliza algo, aunque no completamente. Repasa estanterías buscando la menor alteración. Nada. Los latidos de su corazón van ralentizándose hasta llegar, poco a poco, a su ritmo normal. No obstante se recrimina a sí mismo su imprudencia. Recuerda que esa mañana andaba apurado de tiempo –había inventario en la oficina y no quería dar la nota ante el supervisor–, pero eso no era excusa. Se ha mostrado torpe e imprudente. No volverá a pasar. No quiere poner en peligro todo lo que allí guarda que, en cierto sentido, es toda su vida, o al menos, la parte de ella que más alegrías le ha proporcionado. Y al pensar esto, recuerda varios momentos grabados a fuego en su memoria. Busca entre las estanterías y saca dos tomos, uno azul y otro rojo. Abre el azul y encuentra la imagen que justo instantes antes ha venido a su mente: una figura mitológica blande su arco al cielo con su parte humana, mientras que su mitad equina la impulsa hacia arriba facilitándole apuntar al sol. El dibujo, impreso en un color negro, que ha perdido con los años el brillo purpúreo que tenía, se decora con letras y números: ESPAÑA, 4 PTAS, CORRESPONDENCIA URGENTE ESPECIAL. Fue su primer sello. Tenía por entonces catorce años y nunca antes había prestado atención a algo parecido. Lo encontró pegado a una carta que fue enviada a su padre con un motivo del que solamente recuerda que era eso, especial y urgente. La estampa está mancillada con un negro borrón de matasellos.

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

No es su mejor espécimen, pero es uno de sus preferidos porque le demuestra así mismo que tiene algo parecido a un alma que sobretasa esta estampilla por encima de su valor material. Recuerda que aquel diminuto cuadro del centauro, arquero altivo apuntando al astro rey, le fascinó de inmediato. Quiso poseerlo y se lo pidió a su padre, quien recortó el papel parduzco en el que se encontraba fijado y que aún podía verse en los bordes del sello. Más tarde aprendería a despegar de manera adecuada los sellos usados, y posteriormente declinaría su gusto a los sellos nuevos, vírgenes al ultraje que supone ser matado por el funcionario de turno.

Después de recrearse con aquel primer advenimiento de su pasado, abre el álbum rojo y pasa las hojas hasta llegar a su imagen favorita: año 1985, hojita de 163,6 x 105,6 milímetros, huecograbado, tirada de cinco millones de ejemplares, número de control en el anverso, valor facial de 200 pesetas, imagen de un cuadro único, cuyo título se puede ver bajo el sello: *El "Guernica" en España*. Es su tesoro, lo adora, pasaría horas contemplándolo... y las pasa.

Una creciente desazón lo vuelve a invadir al pensar que ha dejado todo a la suerte desangelada de esa mañana. Mira a derechas e izquierdas y contempla toda su colección. Allí están los *Sellos de España*, y los de *Dependencias Postales*, los primeros con los que empezó su colección. También los de Italia, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, a los que dedica especial interés. Y las más personales colecciones temáticas, a las que pone cariño y dedicación, decorando cada página, glosando con información cada sello, en cinco líneas de recopilación filatélica –uniformes militares, mariposas, automóviles, trenes y aviones–, que conforman veinticinco álbumes inigualables, singulares y únicos. Toda una vida dedicada a diminutas ilustraciones que pocos apreciaban. Ni siquiera su familia logra entenderlo. Su mujer lo mira como a un bicho raro, y eso que ella ya sabía de su afición antes de que se casaran, y sus hijos... Eso es una de las cosas que más le preocupan: todo aquello al alcance de esos enanos incapaces de

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

comprender el valor que encierran. Por eso siempre deja la habitación cerrada con llave, siempre... hasta hoy. Por fortuna todo parece a salvo. No hay indicio alguno de profanación, pero debe ser más cuidadoso en el futuro. No se perdonaría jamás que algo les sucediera a los niños de sus ojos... a su centauro... a su *Guernica*...

Cierra los álbumes y los coloca en su sitio, abre otros y los hojea. Empieza unos nuevos en los que va poniendo las más recientes adquisiciones, hasta que una voz de mujer le anuncia que la cena está servida. La voz de su esposa es lo primero que puede advertir esta noche, como tantas otras, de ella. Deja con desgana sus hijos de celulosa y tinta y sale al salón donde los de su sangre y carne aguardan para verlo por primera vez en este día. Come junto a ellos sin dirigirles una palabra que ellos, acostumbrados a su eterno silencio, ya no esperan. Aún menos echan en falta un beso suyo antes de irse a dormir.

La verdad absoluta es un dado que flota en el aire; desde ninguna ubicación se acierta a ver todas sus caras a la vez.

Parte Primera
~La triste verdad contada

Después de la Ostra

I

Pasaba las páginas del álbum poco a poco, recreándome con cada imagen. Hacía tanto tiempo desde la última vez que las viera que algunas me pareció descubrirlas en aquel momento. Hará cosa de un par de años me entretuve en ordenarlas cronológicamente en el tomo que tenía entre mis manos, pero entonces, en mi frenética acción por clasificarlas, me privé de escrutarlas como era debido; atendiendo a cada detalle, a cada cara, a cada gesto. Allí, con cada una de las fotografías, podía recordar los pormenores que configuraron mi vida, dar rienda suelta a la nostalgia y añorar a seres que ya no volvería a ver jamás. Como podrá comprender mi ánimo estaba en ese día bajo mínimos. Sentía que estaba en un punto clave de mi existencia. Acababa de finalizar un episodio importante, quizás el más importante de mi vida, y me sentí obligado a recapitular mi paso por este mundo.

No pude evitar llorar cuando me enfrenté a algunas de las instantáneas. Allí estaba mi vida, ilustrada en milésimas de segundo robadas al tiempo del mundo, de mi mundo, eternizadas en aquel papel tras la delgada capa de film que a ratos, según la incidencia de la luz, reflejaba mi rostro compungido. En aquellas escasas superficies, mis abuelos y mis padres se mantenían inmortales, tal y como mi memoria podía recordar. Cerraba los ojos y podía verme con ellos, abrazándolos, sintiendo su calor, los sonoros besos en la mejilla de mi abuela Lourdes, los capones que me daba mi abuelo Genaro, el afectuoso despeinado que me brindaba mi otro abuelo, Juan, o los asfixiantes abrazos de la abuela María. De vez en cuando, eso nos pasa a todos, nos vencen las ganas de recordar el pasado y se acude a los recuerdos, y a veces esos deseos se manifiestan de forma tan ansiosa que no nos basta nuestra memoria y los buscamos en algo inalterable, las fotos, el video,

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

cualquier cosa que nos convenza de que una vez las cosas fueron tal y como las recordamos. En aquel momento yo necesitaba ese tipo de consuelo.

Las páginas del blog se coloreaban conforme iba avanzando. Las fotos tomadas por la vieja cámara en blanco y negro de mi padre dejaban paso a las hechas por la *Werlisa Color*, y más tarde el formato se acoplaba al cuadrado que escupía la *Polaroid* instantánea. Luego los momentos volvían a apaisarse en fotografías tomadas por cámaras automáticas, bueno, automáticas... entonces eso significaba que se iba pasando el carrete mediante un motorcito. Los álbumes terminaban con mi emancipación. A partir de ahí, me había tomado el esfuerzo de escanear todas las fotos digitalmente y el papel desordenado se amontonaba en una serie de cajas, sin orden cronológico alguno. Podía haberlas visto en el aparato de televisión, había hecho vídeos con ellas usando el ordenador, poniéndoles incluso una base musical, pero no eran esos momentos los que quería recordar. Deseaba hurgar en mi pasado más remoto, indagar en las raíces de mi vida, de las amistades que surgieron en mi infancia y que se prolongaron a su edad madura, hasta hoy... O mejor dicho, hasta hace poco.

Era muy tarde. Mi mujer y mis hijas hacía ya tiempo que se habían retirado a descansar y todas las luces de la casa se encontraban apagadas, salvo la que alumbraba mis recuerdos: un lamparita de lectura, alta y delgada, con pies de plomo y una luz calurosa que se dejaba notar a aquellas alturas de junio. Aquella lámpara había resistido numantamente al deseo de mi mujer de desecharla. Según ella no se ajustaba a la última decoración. Sin embargo, yo le tenía un cariño especial. En general, aprecio todas las cosas que han pasado el suficiente tiempo a mi lado, por eso llegamos al acuerdo de sustituirla solo cuando presentara alguna disfunción, por pequeña que fuera. Para desánimo de Teresa la lámpara se mantenía incólume al tiempo y al deterioro. Supongo que estará todavía en el salón, si a Teresa no le ha dado por tirarla a la basura...

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

Me detuve en una fotografía en particular. Despegué el fino film con cuidado de no romperlo y la separé de la hoja engomada. Me la alejé levemente de la cara para poder apreciarla con más claridad. Recuerdo que me dije que no podía dilatar más la visita al oculista, la presbicia, ya sabe, ya está uno en la edad en que empieza a aparecer. Allí estábamos los cuatro: Manolo, Andrés, Enrique y yo, todos uniformados con el chaleco burdeos y el pantaloncito gris de rigor que la Asociación de Padres de Alumnos del Colegio Pontífice Pío XII tuvo a bien imponer, cumpliendo los designios del director del Centro, don Javier, quien quiso así distinguirnos de los colegios públicos de su alrededor. Curioso personaje el tal don Javier. Menudo sinvergüenza estaba hecho ya por aquel entonces... Ya le contaré... Sí, en otro momento le cuento algo sobre él y nosotros.

Allí estábamos los cuatro, de pie, sonriendo a la cámara, con los brazos cruzados en pose de futbolistas antes de un partido. Mi mirada saltaba de uno a otro, observando al detalle cada integrante del grupo. De vez en cuando cerraba los ojos para recordar sus voces, sus movimientos, el olor homogéneo que compartíamos al salir de las clases, mezcla de sudor y tiza, de polvo y restos de *nenuco*. Volví a colocarla en su emplazamiento y la cubrí con la lámina que la defendía de los rigores del tiempo. No dilaté más el momento de irme a la cama, no a dormir, porque sabía que eso era bastante improbable que ocurriera. No obstante, quise hacer todo lo posible para facilitar al sueño su imposible tarea.

Me intentó despertar Bob Geldof a las siete de la mañana, pero no pudo hacerlo porque, confirmando mis presagios de la noche anterior, no pegué ojo en toda la noche. Recuerdo que el radio-despertador se encendió en las primeras estrofas de *I don't like Mondays...* Tengo memorizada una de esas emisoras que repiten hasta la extenuación canciones de los 80, ya sabe, una de esas que repiten canciones de ritmos cansinos y facilones... Me levanté de la cama, dejé a Teresa murmurando algo que no pude entender, pero que contesté de todas

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

formas con una afirmación, y me dirigí al cuarto de baño. Allí, con las dos manos sobre el lavabo, pude comprobar el horrible aspecto que presentaba: tenía unas ojeras muy pronunciadas y mi mirada era la de un hombre triste, desganado. Junté las manos para recibir una fresca bofetada de agua que no consiguió animarme y bajé a prepararme un café cargado. Me iba a hacer falta. No quise tomar nada más. La hora de irme al trabajo se acercaba y fui al vestidor para elegir la ropa que me pondría.

El vestidor es una de las últimas ideas de mi esposa. Hasta su construcción, cada cual tenía un pequeño armario donde guardar la ropa. Un día, ella decidió que necesitábamos un vestidor que concentrara el vestuario de todos, y sacrificamos la habitación de invitados, por otra parte bastante infrautilizada, para hacerlo. Allí crecieron estantes, puertas y cajoneras, espejos y perchas y todo un sinfín de cosas varias diseñadas para sostener todo tipo de trapos y complementos: corbatero, zapatero, perchas despegables, cajitas con múltiples compartimentos para colgantes y brazaletes, cajones grandes apilables para bolsos, cajetines adosados para calcetines..., a veces me pregunto cómo demonios acierta Teresa a encontrar cada cosa en aquel *maremagnum*. Por suerte, mi vestimenta está toda recluida en un pequeño rincón, controlada a voluntad; en realidad, para mí el vestidor no ha implicado mucho cambio. Abrí la puerta pensando ponerme una chaqueta de lino pero deseché la idea rápidamente por calurosa. Así que descolgué una camisa de manga corta y coloqué la americana al lado de mi gabardina colombiana. No pude más que pasar la mano por ella acariciándola. Entre mis pertenencias, es de las más queridas, también de las más antiguas. La tengo desde hace más de veinte años. Debía tener unos diecinueve o veinte cuando fui con mi madre a unos grandes almacenes y la compré. Yo ya no tenía edad de dejarme acompañar por mi madre para comprar ropa, pero en aquella ocasión se lo pedí expresamente. Mi madre era una buena costurera y no poca ropa me hizo de pequeño, era una gran entendida en el género, y yo

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

quería comprarme una gabardina de las buenas, de esas que duran toda una vida, eterna, como la de Colombo. La verdad es que supo elegírmela, pues se mantiene impoluta, ajena al tiempo y al uso... Quizás algún día, cuando vuelva, pueda enseñársela. Yo la llamo mi “colombiana”, no por haber sido manufacturada en aquel país —es una auténtica Burberry, *made in England*, con forro de estampado a cuadros, *Novachek* creo que lo llaman—, sino porque con ella me siento más cercano al personaje que marcó mi infancia, el responsable en cierto modo de que acabara en el Cuerpo: el teniente Colombo.

Salí de la casa y me monté en mi viejo seat127. A esas horas del día se te olvida que no tiene aire acondicionado, pero cuando el sol aprieta no hay día que no me maldiga por mantener tal antigualla... Tenemos un flamante *peugeot* último modelo, con todas las comodidades propias de los tiempos que corren, pero el reparto de los coches entre yo y Teresa está viciado por mi empeñamiento en mantener esa reliquia, de forma que tengo que cargar con ella todos los días, llueva, ventee o lo que es peor abrase. No obstante, me resigno, pues a cambio disfruto mimándolo, reparándolo y haciéndole todo tipo de modificaciones, en lo que ha degenerado en un sufrido hobby. Realmente pienso que no puedo hacer otra cosa. Llevo tanto tiempo con él que sería incapaz de abandonarlo en cualquier desguace de mala muerte, de esos que a veces yo mismo frecuento para buscar piezas y repuestos de otros 127 amputados por la desidia de sus antiguos dueños, convertidos en donantes para contados elegidos... No, yo no le puedo hacer eso a mi 127, a mi compañero de tantas fatigas... Ya le he dicho que valoro mucho las cosas que han pasado mucho tiempo a mi lado. Prefiero que mi 127 sea uno de los elegidos.

Llegué algo tarde y aparqué en el espacio que tengo asignado, entre los del inspector Sánchez y el subinspector Lemos. Allí quedó mi rojo seat, como cada día, flanqueado por el touareg de Sánchez y el X5 de Lemos, negras moles entre las cuales mi *piccolo rossato* destaca como una amapola sobre terciopelo azabache... El pobre Lemos ha tenido

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

mala suerte con su coche. Todo el mundo en la comisaría se cachondea de él a cuenta de eso: “El coche de mierda”, le dicen, y él se mosquea mucho... y tanto. Solo pensar en el dinero que le ha costado al pobre... Seguro que no termina de pagarlo hasta después de su jubilación. Tanto esfuerzo para que luego le den una matrícula propicia para el choteo, de esas de las nuevas, ya sabe, las que tienen cuatro números y tres letras, no como las antiguas, la de mi 127, que tiene denominación de origen, “SE” de Sevilla. Ahora ponen tres letras, y por pura mala suerte las de su coche son “DKK”. Y ya está. El gracioso de turno que le pregunta si se ha comprado un coche nuevo, y él que responde orgulloso que sí, que se ha comprado un BMW X5, y el otro que le suelta que es un coche de mierda. Y entonces Lemos, airado le responde que es un gran coche, de los mejores, y el chistoso le replica con sorna que tan solo repite lo que pone en la matrícula, que es un coche “de caca”. Y Lemos se queda pensando en la matrícula, algo que no había hecho hasta entonces, embargado por la ilusión de un coche nuevo, y cae en las siglas: DKK. Y mira al cielo y se caga en el momento que eligió para comprarse un coche, justo cuando la matrícula era propicia para el cachondeo, para evitar una valoración justa, para cercenar su afán de mostrarlo orgulloso... Solo es una tontería, pero a Lemos le jode... Le jode que conozcan su coche como “el coche de mierda” después de que lo paga con cada gota de sudor, a costa de todo lujo en su menú diario... No sé si sabe cuánto cuesta el jodido coche y lo que cobra un subinspector. Haga cuentas y entenderá su rabia... Al fin y al cabo es un BMW, y mucha gente lo compra únicamente para exhibirlo.

Pero sigo... Estaba en que dejé mi coche al lado del de Lemos... Atravesé las dependencias hasta llegar a mi despacho. Una mísera hoja de papel pegada con trozos de cinta de embalar en la puerta me anuncia: *Modesto Castillo Gómez, Inspector Jefe*. Es algo cutre, siempre me estoy quejando del letrerito... No es que pida un grabado al ácido, me conformaría con esas letritas autoadhesivas, como las que tiene el comisario. Al poco de llegar sonaron unos toquecitos en la puerta; era

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

Lemos, que asomaba por la puerta. Se le notaba gravedad en el rostro, me dijo que había aparecido ya el que esperábamos, la ostra, pero que esa vez era algo diferente. Le pregunté por qué, y crea que lo hice algo angustiado a pesar de que conocía la respuesta. Y me la dijo, no de sopetón, primero solo me dijo que conocíamos a la víctima, y cuando le pregunté quién era, cabizbajo, me lo soltó, me dijo que era Enrique. Cerré los ojos, mi garganta se atascó y, a pesar de que toda la velada la había pasado pensando en él, no pude reprimir una lágrima más por mi amigo, al que ya sabía muerto.

II

Recorrimos el trayecto hasta la casa de Enrique en el BMW de Lemos, en el coche de mierda. Mientras mi subordinado se las tenía con el intenso tráfico que discurría a esas horas por las calles, yo, desde el asiento del copiloto, en silencio y entre la pesadumbre que flotaba en el interior de aquel auto, mantenía la mirada perdida en las aceras, rememorando mis múltiples idas y venidas durante años al sitio al que nos dirigíamos, casi siempre montado a lomos del *cavallino tardante*, como llamaban mis amigos a mi seat.

Y es que Enrique se independizó relativamente pronto, fue el primero de los cuatro en hacerlo, por lo que su casa se convirtió en punto de reunión cada fin de semana. Sorprendentemente, se mudó a una zona del área metropolitana de Sevilla diametralmente opuesta de donde crecimos. Fue el único en hacerlo. Los demás no nos alejamos mucho: Manolo se mudó al vecino barrio de La Rosaleda, y Andrés y yo nos quedamos en el barrio, en Rochelambert. Un día de mayo de 1988, Enrique nos dijo se mudaba al barrio del Cerezo y todos nos quedamos con la boca abierta, aunque yo vislumbré algo de sentido a su decisión, pues no en vano vivía puerta con puerta con Enrique y estaba más al tanto que los demás de las desavenencias familiares, sobre todo con la figura de su padre... Imagino que usted ya sabe por dónde voy, se lo dije el primer día... Bueno, el caso es que a todos nos pareció que nuestra

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

amistad se rompería con aquello, pero resultó todo lo contrario. Desde aquel momento Enrique se convirtió en necesario e indispensable para cualquier tipo de proyecto juerguista, para noches de estudio sin abrir los libros y comilonas a base de *snacks* y comida por encargo. Se transformó en propietario de motel regalado donde consumir citas y en regente de inusual bar donde ingerir grandes cantidades de cerveza. Para todo eso, también yo era imprescindible, o mejor dicho el cochecito de segunda mano que mi padre me compró para ir y venir a la Escuela, que nos llevaba a casa Enrique sin sufrir incansables esperas de autobuses. Por aquel entonces no existía aún la SE-30 y había que cruzar el centro. Pasábamos mucho tiempo dentro de mi 127, y en uno de aquellos trayectos, a Andrés le puso mote a mi coloradito: *cavallino tardante*, en honor a su ascendencia italiana y a su color, el típico de Ferrari.

Pero me estoy desviando un poco... Disculpe este absceso de nostalgia, pero no puedo evitar recordar algunas cosas y usted me dijo que no fuera parco, que me explayara... En fin...

Llegamos al barrio del Cerezo que en los últimos tiempos se ha convertido en un barrio de emigrantes, algo que también le está pasando a Rochelambert, que se está llenando de gente de otros países que viene en busca de oportunidades y sueños que, la mayoría de las veces, como bien sabrá, no se hacen realidad. En la entrada a la propiedad se agolpaban personas de procedentes de al menos tres continentes que se apartaron enseguida al ver llegar nuestro vehículo con la sirena puesta. Lemos apagó el motor y se soltó el cinturón, sonó un fino clic que me sacó de mi embargo, me solté yo también del mío y salimos del coche. Nos recibió un agente de uniforme al que no había visto en mi vida que se ofreció a acompañarnos al de piso donde se encontraba el cadáver. Lemos le dijo que no hacía falta, que conocíamos la casa, y subimos las escaleras hasta el cuarto piso, el último. Aquellos bloques no tenían ascensor, fueron hechos en una época que se los consideraba un lujo no necesario para la clase a la que estaban

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

destinados. Mientras subía, recordé que el primer día que visité a Enrique en su nuevo piso le dije que no debería haber alquilado un último y que me contestó que era el más barato. En la puerta del piso, otro policía nos acompañó hasta el modesto salón, donde observamos el macabro panorama: allí estaba mi amigo de la infancia, maniatado en una silla, inerte, con la cabeza baja. Las persianas del cierre que separaban la estancia de la pequeña terraza estaban echadas casi completamente, dejando el aposento en una penumbra solo rota por finos hilos de luz que penetraban por los agujeros que separaban las lamas de la persiana. Los rayos de sol inclinados de aquella mañana incidían sobre el cadáver y lo dotaban de un aura parcheada y estática que resaltaba aquella estampa, un trágico lienzo de extraña naturaleza muerta. Puede que le cause extrañeza mi afirmación, pero créame si le digo que no pude evitar que se me aflojaran las piernas. Lemos no tardó en cogerme por los hombros, diciéndome que no era necesario que estuviera allí, que me fuera, que él se ocuparía de todo. Rehusé el ofrecimiento, le dije que estaba bien, que solo necesitaba un momento, y me encaminé al cuarto de baño a tomármelo. Me detuve frente al retrete, y entonces un espasmo nacido en mi cabeza me recorrió el cuerpo hasta el estómago, después se me vino a la boca y acabé vomitando. Solo pude echar el café que había tomado. Quizás precisamente por eso, porque sabía lo que iba a pasarme, fue por lo que no había tomado nada sólido aquella mañana. El judicial apareció al momento por el marco de la puerta. No me dijo nada, a pesar de que estaba cometiendo una negligencia de la que posiblemente él tendría que dar cuenta. Sin duda habría sido puesto al tanto de mi relación con la víctima y consideró aquello como algo humanamente comprensible. Le agradecí el hecho después. Pasaron unos minutos antes de pudiera regresar a la sala, donde el número de asistentes al peculiar velatorio se había incrementado con la llegada del juez de instrucción que debía levantar el cadáver y el médico forense. Ambos me saludaron con cierta timidez, propia de una situación en la que ninguno de ellos sabía cómo

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

debía actuar, habida cuenta de que también conocían mi relación con el infortunado que, sentado exánime, se disponían a manipular. Reconocí aprensión en su proceder, y me dispuse a facilitarles el trance superando mi congoja y forzándome a cumplir con mi trabajo de forma ordinaria, como lo había hecho tantas veces, como lo hice anteriormente durante todo el tiempo que sufrí en silencio los desmanes de ese asesino.

¿Quién iba a imaginarse que todo aquel tiempo, todos aquellos años...? La vida a veces nos sorprende solo porque queremos ser sorprendidos, queremos mantenernos ignorantes de según qué cosas. Buscamos sin querer encontrar, y así callamos nuestra conciencia. Nos decimos: “Hice lo que pude, lo intenté”, cuando esa no es la verdad. Lo cierto es que no quise encontrar, que miré hacia otro lado cuando lo tuve enfrente. A veces queremos que el tiempo repare las cosas, y nada se arregla solo. Las cosas que empiezan a fallar solo pueden acabar rotas, nunca se reparan por sí solas... Otra vez, me voy del relato, perdone... ¿Por dónde iba?... Ah sí, habían llegado el juez y el forense.

Pregunté al forense si había examinado ya el cadáver. Y él, viéndome regresado a la realidad y seguramente agradecido en su interior por ello, me comentó que había hecho ya un primer reconocimiento a la espera del levantamiento, y que se lo llevaría al anatómico en cuanto Jerónimo terminase. Jerónimo Díaz, el instructor de guardia ese día, terció en la conversación y aseguró que en breve levantaría acta. Los compañeros ya habían interrogado a los vecinos de la planta. Por ellos pudieron saber que Enrique recibió la visita de unos amigos suyos, que habían vistos con él con frecuencia anteriormente, y que se fueron sobre las diez. Después de eso nadie vio nada extraño, nadie escuchó nada a la hora en que Federico, el forense, estimó el deceso: sobre medianoche.

Cuando terminaron con la inspección del cuerpo, los judiciales empezaron a recoger las pruebas. Cortaron los cintillos de plástico que sujetaban las muñecas de Enrique a la parte inferior del respaldo de la

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

silla y los guardaron en bolsitas de plástico. Uno de ellos lo sujetaba por los hombros para impedir que se desplomara hacia delante, mientras el otro recogía un collar de perlas enrollado sobre el cuello. Luego lo desmontaron de la silla y se lo llevaron en una camilla, escaleras abajo hasta la ambulancia que los esperaba. Entonces me acerqué al juez Díaz y le dije que quizá necesitara mi declaración. Me preguntó sorprendido por qué, y le expliqué que yo era uno de los que vieron los vecinos saliendo del edificio la noche anterior; era viernes, noche de reunión, y un amigo y yo fuimos a ver a Enrique como todas las semanas. El juez se me quedó mirando, pensativo, con cara de haberle caído un tremendo marrón encima, y me dijo que debería habérselo dicho antes, que yo jugaba un papel muy importante en ese caso y que si por él fuera hace mucho tiempo que estaría fuera de todo aquello. Le repliqué que era consciente de ello, pero que no había tenido aún ocasión, pues prácticamente acababa de llegar, y me ofrecí a darle los detalles de la reunión y el nombre de mi compañero. El juez me dijo entonces con gesto contrariado que me llamaría para que declarara en el juzgado. Asentí y bajé las escaleras a tiempo de ver cómo metían a mi amigo en la ambulancia con destino a la morgue. Le susurré un adiós, otro más, otra despedida para mi amigo, para mi hermano. Desde ese momento mi vida ya nunca podía ser la misma, porque él llenaba una parte de ella que ahora queda vacía para siempre. Por eso, a pesar de todo lo que había sucedido la noche anterior, al cerrarse las compuertas del furgón sentí que algo dentro de mí había dejado de existir.

III

Al día siguiente me vestí haciendo caso omiso a la temperatura que se esperaba pues era obligado el traje oscuro. Mi mujer y las niñas se encontraban ya dispuestas para acompañarme en el amargo trance que restaba. No en vano para mis hijas él había sido siempre “el tío Enrique” y para mi mujer, para Teresa, había sido un amigo... y algo más. Hubo un tiempo en que ella y Enrique mantuvieron una corta

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

relación, antes de que nos conociéramos. En realidad fue el propio Enrique quien me la presentó una tarde de septiembre de 1987, cuando ambos teníamos diecinueve años. Me colgué de ella en seguida, pero era la novia de mi amigo y tuve que esperar que rompieran para lanzarme con ella. Ocurrió tiempo después, durante la fiesta de año nuevo. Por aquel entonces Enrique ya paseaba nueva novia y se alegró mucho de nuestra circunstancia. Durante los años siguientes Teresa y yo compartimos salidas e incluso viajes con él y con su compañera de turno, y cuando, con el tiempo, decidimos casarnos, como el padre de Teresa había fallecido años antes, pensamos en él como padrino de bodas. Pero él se negó, me dijo que no estaba hecho para ese tipo de cosas, y yo incluso me llegué a enfadar con él por eso, nada serio, luego se me pasó, al final el padrino fue Manolo. Teresa apreciaba mucho a Enrique, más aún por un extraño sentimiento de culpa, pues fue ella la que rompió aquella relación con él... y lo hizo por mí, aunque nunca nos lo desveló a ninguno de los dos. No hizo falta, yo lo sabía, los dos lo sabíamos. Teresa me prefirió a mí. Sin embargo, en aquel momento, al observarla seria y compungida mientras salíamos de casa, no pude evitar pensar que, a pesar de todo, hubo un día que amó la persona que íbamos a despedir.

Montamos todos en el *peugeot*, dejando de lado a mi 127, al que quizás también le hubiera gustado dar un último adiós a aquel que llevó tantas veces en su interior. El trayecto hasta el cementerio de San Fernando se hizo mudo y relativamente corto, así que llegamos temprano, a tiempo de dar un sentido pésame a la madre y la hermana que, absorta, no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Teresa se entretuvo en comprar un ramo de rosas amarillas. Ella sabía que era su color preferido, y sí, si tenía alguno debía haber sido ser ese y no otro, pues aquel podía verlo, al menos eso decía convencido. Luego llegó Manolo y nos fundimos en un abrazo. Pocas palabras dijimos, las justas, todo quedaba dicho en nuestras caras. Andrés no vino; lo comprendía después de lo que le hice... Aquello era el

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

fin de algo que había durado tanto: Andrés estaba ausente y Enrique, aunque presente ya no estaba.

La comitiva desfiló tras el coche, ante las estatuas y bustos de toreros y artistas de la parte primera del camposanto, la más noble, donde los distinguidos eternizan su condición con mausoleos y lápidas de mármol. Pasamos ante el desplante de Paquirri, el angelito de Machín, la redonda figura de Enrique “el Cojo” y el eterno descanso de Joselito sobre los suyos. Siempre, cada vez que voy al cementerio, me fijo en ellos, esos que portan al torero, esas estatuas metálicas perennes, y pienso en la infinidad de cortejos como el de Enrique que deben presenciar a diario, con el coche y los que lo siguen, cabizbajos, llorando los más cercanos, los que van primero, hablando los de detrás, en voz baja, con las manos a la espalda, comentando sandeces del tiempo, del fútbol, de lo que ha cambiado el barrio o de lo grande que es el cementerio... Seguro que podría darme una explicación para ello, para las conversaciones tan estúpidas que se dan allí, pero, disculpe, me voy otra vez, me deja hablar tanto que...

Entramos en la zona más poblada, la reservada al resto de los muertos mortales, donde habremos de acoplarnos la mayoría, y desfilamos entre esos bloques compartimentados en nichos, todos iguales unos a otros, solo distinguibles por la inscripción de la losa que sella el final del inquilino, que, acostumbrado en la mayoría de las veces a vivir en un bloque de pisos, a su muerte no hace más que reducir a la mínima expresión el espacio que en vida ha dispuesto. Tal era el caso de mi amigo: de un bloque multitudinario de ladrillo visto del Cerezo a una cuadriculada colmena vacía de vida y repleta de muertos.

En un momento dado, todos nos agolpamos frente a la pared de cuatro nichos de altura. En la segunda planta, una abertura indicaba el lugar donde descansarían los restos de Enrique. De un cuarto piso a un segundo, al menos no era el último, recuerdo que pensé esa tontería. Los operarios introdujeron el ataúd y acto seguido un empleado procedió a tabicarlo sin reparar en el lamento postrero de la madre, que

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

fue consolada por todos los presentes. Los entierros son así. No me gustan y no suelo ir a ninguno, pero a este no podía faltar. Alguna vez he pensado que deberían estar prohibidos. Ya es suficiente dolor perder a un ser querido, sin tener que ver cómo sufren otros, igualmente apreciados.

La gente fue desapareciendo en orden inverso a su cercanía con el difunto. Al final solo quedamos la madre, la hermana, dos tíos suyos, Manolo y yo, los dos amigos. Incluso Teresa se fue con las niñas a comer algo a un bar cercano donde me esperaba. Fue entonces, cuando, de soslayo, divisé una figura conocida a mi espalda. Hacía bastante tiempo que no veía al comisario Casas. Me vio y se me acercó. Me dijo que sentía mi pérdida y yo le agradecí su presencia al funeral. Me dijo también que sabía que Enrique era muy amigo mío y yo le confirmé que fue el mejor. Se hizo entonces un molesto silencio que ninguno supimos cómo romper. Tomó él la iniciativa, me comentó que la muerte de Enrique parecía ser obra del coleccionista, y yo le desvelé que se había hallado un collar de perlas rodeando el cuello de mi amigo. No tenía ganas de hablar el tema, estando, como estaba, la familia de mi amigo tan cerca. “Esta vez tocaba la ostra...”, comentó y yo le informé que hacía varios días que habíamos recibido la tarjeta. Entonces me preguntó si esto acabaría algún día. No me pareció una pregunta retórica, parecía esperar que yo le diera una respuesta...

Su cara me decía que lo sabía; que lo sabía todo. Desconocía entonces cómo podría haber estado al corriente, pero, de algún modo, su mirada me lo transmitía, y yo lo recibí a la perfección. Le dije que esperaba eso, que todo se acabara algún día, fue lo único que, aturdido, acerté a decir. Pero él confirmó mi suposición cuando me dijo que yo no lo esperaba, sino que lo sabía. Que yo lo sabía y que él también lo sabía. “¿Qué quieres decir?”, le pregunté confundido por su actitud y la indudable seguridad de su afirmación. “Quiero decir que la colección está completa, ¿no crees?”, me mostró una sonrisa de compromiso y se dio media vuelta.

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

Entonces supe que, en efecto, él sabía que todo había terminado y que pronto tendría que dar las explicaciones oportunas: las que di ante ellos, las que le di a usted mismo el otro día y el anterior, y el otro... Las que me hace repetir continuamente, hablando tanto tiempo solo, sin que me diga nada, sin dialogar... Hablar así no es normal, le he dicho varias veces que me es muy difícil hacerlo... y ya le he contado tanto... Tanto de mí, de él, de los demás, de cómo nos conocimos y crecimos, de cómo nos ha ido en la vida y de lo otro... De aquello... La razón por la que estoy aquí charlando, es un decir, con usted... ¿No me dice nada?... En fin... ¿Tengo que seguir?

IV

Llegué a comisaría tras dejar a la familia en casa. Lemos me esperaba y nada más verme me abordó. Me dijo que el comisario quería hablar conmigo de inmediato. Asentí y me encaminé hacia el despacho del jefe, golpeé la puerta con los nudillos y esperé su permiso para entrar. El comisario me invitó a sentarme al otro lado de la mesa, que antes que suya había sido de Evaristo. No sé si conoce al comisario Roberto Galán, supongo que sí, seguro que sí. Es algo mayor que yo, persona metida en carnes, venida de zonas de la alta Meseta Castellana, amante de las grasas saturadas y el vino de buena cuna, circunstancias que agravan su odio al sofocante verano que padecemos año tras año, y que hacen que, desde los albores del mes de mayo a las postrimerías de octubre, su rostro adquiera un tono rosado explosivo, enfatizado por una sensación de jadeo constante. Algunos en la comisaría le llaman *el langostino*. Allí se le pone mote a todo lo que se mueva, como en todos los sitios de esta ciudad, raro es el tipo que no tiene un apodo en Sevilla. Su aspecto no puede estar más alejado del de su antecesor en el cargo, el Comisario Casas, con su figura enjuta y pequeña talla. Sin embargo, todo el exceso en carne que ha ganado aquella silla del despacho del comisario no puede compensar la pérdida que para el oficio ha representado el reemplazo. No es que Galán sea un necio, nada más

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

alejado de la realidad, no, no digo eso; es una persona competente. Pero jamás podrá aportarle al cuerpo algo igualable a lo que hizo Casas. Él lo sabe, y por eso ha puesto su empeño en resolver el único caso que trajo de cabeza a su predecesor al frente de la comisaría. Por eso quería verme, y lo primero que hizo fue preguntarme si sabía por qué me había hecho llamar. Contesté que me lo imaginaba. Estaba bastante cabreado, me dijo que él siempre se había mostrado reacio a que siguiera teniendo acceso a la investigación. Yo le dije que me lo figuraba. Siguió diciendo que si lo había permitido solo fue por la influencia que Evaristo mantenía aún en algunas instancias, pero que la cosa en ese momento había cambiado, que había confiado en que no apareciera otro asesinato, pero que en aquellas circunstancias... "Me quitas ese privilegio", le terminé la frase. Me dijo que no solo iba a ser eso, que todo se había complicado aún más de lo que había podido imaginar, que ya no era solo de las tarjetas, que se trataba del muerto, un conocido mío, mi íntimo amigo, que sabía que lo visitaba a menudo y probablemente mis huellas estarían por toda la casa. Le corroboré que podía darme por seguro, y comentó que eso actuaba aún más aún a favor de la media que iba a tomar; tomó aire y añadió que iba a suspenderme. "¿Suspenderme?", pregunté si ni siquiera elevar la voz, como quien pregunta la hora, y él se explayó. Recuerdo casi todo lo que me dijo entonces, con voz grave me informó que estaría suspendido hasta que el juez instructor dictaminase si estaba implicado en el asunto, que lo comprendiera, que no le quedaba otra que actuar de ese modo, que en realidad no creía que tuviera nada que ver con el crimen, pero que era lo más natural. Se lamentó de que no me hubiese alejado de la investigación tiempo atrás, de que Casas no impidiera que me involucrase más de los que estaba y de que él mismo hubiera cedido a la petición del ex comisario para que continuara en ella. En favor de Casas le dije que quizá él me creyera una pieza relevante para su resolución y él replicó que estaba visto que se había equivocado, pues eran ya son cinco los muertos, cinco, y a saber cuántos más llegarían.

- Todas las verdades sobre el coleccionista -

Se hizo un breve silencio mientras ambos nos manteníamos la mirada. Resignado le dije entonces que me marcharía enseguida. Y él me dijo una última cosa más... que no abandonase Sevilla. Me lo dijo atendiendo ya a sus papeles, como si se sintiera avergonzado de esa apostilla. Le prometí que no lo haría, me despedí y me marché del despacho encajando suavemente la puerta.

Lemos me esperaba junto a su mesa y nada más verme aparecer me abordó acerca de la entrevista. Se enojó al saber que me habían apartado del caso justo en ese momento, cuando la víctima era amigo mío. Le contesté que la decisión de Galán se debía precisamente a eso, y lo disculpé explicándole que era justo lo que se debía hacer, pero Lemos gritaba para todos lados sobre la injusticia que representaba suspenderme y privar a la investigación de la persona que más información atesoraba de ella. Los compañeros de las mesas giraron sus cabezas atraídos por sus gritos, le dije que se tranquilizara y no le diera más vueltas al asunto, que si estuviera en el pellejo del comisario probablemente habría hecho lo mismo. “Y un carajo”, contestó; no pude reprimir una agónica sonrisa por el comentario. Lo invité a tomar un café para despedirnos, me lo aceptó con la condición de pagar el próximo a mi vuelta a comisaría. Creo que con eso intentó animarme.

No sé por qué afronté todas aquellas conversaciones cuando lo que debería haber hecho es cortar por lo sano y aclarar todo el tema... Al fin y al cabo sabía que tendría que hacerlo tarde o temprano, y más desde el momento en que intuí, no, que supe, que Evaristo tenía conocimiento de todo... Él lo sabía, pero en la comisaría aún no... El viejo comisario todavía no había abierto la boca. Quizás me estaba dando tiempo para que hiciera lo que tuve que hacer ese día ante Galán y que no hice: explicarlo todo. O quizá el tiempo me lo estaba dando para otra cosa... Él me apreciaba... No, por encima de todo, tanto él como yo siempre fuimos buenos policías.

- Todas las verdades sobre el coleccionista -



Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@punterojolibros.com

ISBN E-Book: 978-16-29349-36-7

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2015 Jesús Valentín García López

© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.